

## **PACO ZUERAS O LA PASIÓN POR CÓRDOBA**

---

ÁNGEL AROCA LARA  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

En 1956 y en su plenitud física e intelectual llegó a esta ciudad Francisco Zueras Torrens. Yo cursaba el bachiller en La Mancha por entonces, conocía los títulos de varias obras del Duque de Rivas, había leído algunos versos de Góngora, sabía de la derrota de Almanzor en Catalañazor y mis ojos de muchacho se asombraban ante el pálido reflejo de la belleza sin par de la Mezquita que me brindaban las ilustraciones de los libros de texto. Estaba aún muy lejos de Córdoba y Zueras ya se había encontrado con ella cara a cara. Como en tantas otras cosas, también en esto me aventajó mi buen amigo Paco.

Diez años después, cuando aún no imaginaba que acabaría viviendo en la vieja capital de Al-Andalus, Paco Zueras organizó una exposición en el Círculo de la Amistad con el título de *Pintores actuales de Córdoba*. Ello propició que el NODO –aquel prólogo obligado de los programas dobles del cine Rialto de mi pueblo– me llevara noticias del pujante momento artístico que vivió Córdoba en los años sesenta. Supe también de las inquietudes literarias de los cordobeses de aquel tiempo por el artículo *Andando la España literaria: Córdoba*, aparecido en el diario madrileño *SP* con firma de Francisco Zueras; y gracias a él hallé, asimismo, puntual información de la actualidad cultural cordobesa en las páginas de la *Estafeta Literaria* de Madrid.

Por lo que había leído de Paco Zueras antes de recalar en Córdoba a principios de la década de los setenta, suponía que era cordobés de nacimiento. El encontrármelo en el candelero cultural de la ciudad: escribiendo sobre Córdoba y el arte cordobés con extraordinaria propiedad y haciendo la crítica de las exposiciones locales en la prensa, me hizo reforzar dicha creencia.

Cuando asistí por primera vez a una de sus bien elaboradas conferencias, su acento me descubrió que no había nacido en Córdoba. Alguien me dijo que era natural de Barbastro. Sin embargo, mi presunción no carecía de fundamento. Zueras estaba hablando de pintura cordobesa y lo hacía poniendo en ello ese calor con que sólo se habla de lo propio.

No sé cómo sería aquel aragonés de treinta y ocho años que llegó a Córdoba para enseñar dibujo en su Universidad Laboral, pero cuando lo conocí, después de tres lustros largos de vivir el día a día de esta ciudad, ya era cordobés.

Seguramente, nacer, se puede nacer en cualquier parte, y vivir, se puede vivir hasta en el desierto; pero tengo motivos para pensar que ser, y serlo con el talante de hombre profundo, cabal y pleno, que tanto admiramos en nuestro muy querido amigo y compañero de la Academia, sólo lo otorga una ciudad como Córdoba.

Porque sé muy bien hasta dónde puede calar esta ciudad en quienes llegamos de allende Despeñaperros, puedo permitirme el hacer conjeturas sobre lo que debió de suponer para Paco Zueras su encuentro con Córdoba.

Lo intuyó asombrándose, en el alba de 1957, al ver florecer los almendros de la Sierra casi dos meses antes que los de su Aragón, cuando aquellos se hallaban aún plenamente sumidos en el letargo invernal. ¡Cómo debió de maravillarle el contraste entre los trigos altos y cabeceantes de la Campiña en mayo con los aún ateridos de su tierra, y el de los esplendorosos olivos de la Subbética con el olivar raquíptico de sus recuerdos de muchacho! Me lo imagino apoyado en las barandas de la Ribera por evocar las crecidas del Vero en el caudal menguado del Guadalquivir o poniendo el contrapunto al bullicio del Coso de Barbastro en el silencio denso de Capuchinos.

Córdoba fue para él, como para tantos otros, la tierra prometida. Aquí, el exhalar del jazmín y los celindos lo emborracharon de sensaciones nuevas y el sol tibio de enero le hizo sentir la primavera en pleno invierno.

Un día, quizá en las Ermitas y cayendo ya la tarde, se prendó para siempre de Córdoba y, parafraseando a la bíblica Ruth, se juró en sus adentros: "Córdoba, tu tierra será mi tierra, tus gentes serán mis gentes, tu Arcángel será mi Arcángel, tu Dios será mi Dios".

Paco Zueras no fue cordobés por azar, sino porque quiso serlo en un acto firme y reflexivo de voluntad. Ganado ya definitivamente para su causa, comenzó a bucear en el arte y el pasado de Córdoba, a empaparse del ser y el sentir de este pueblo viejo y sabio, a mirar como propios los problemas de la ciudad.

El fruto de aquel temprano y apasionado idilio con Córdoba vio la luz en un buen número de artículos de fondo, publicados en los diarios *Córdoba* e *Informaciones*, tales como "Córdoba, tercera ciudad de la pintura"; "La escuela cordobesa de pintura"; "Cristos cordobeses"; "Julio Romero de Torres y Rafael Romero Barros, esplendor merecido y oscuridad injusta"; "El cordobés Antonio del Castillo, gran dibujante del Barroco"; "Decisiva lección (Homenaje a Mateo Inurria)" o "El cordobés Lozano Sidro, asombroso pintor de una época".

En ellos, puso ya de relieve la importante labor de investigación realizada en torno a buen número de artistas cordobeses, que culminaría, más tarde, en la serie de monografías a que se ha referido José María Palencia.

Pero no se conformó Paco Zueras con divulgar la personalidad y la obra de los grandes maestros de Córdoba. Sus objetivos últimos fueron democratizar el arte, elevar el nivel cultural de los cordobeses, educar su sensibilidad y poner de manifiesto las posibilidades que ofrecía el bagaje histórico-artístico de la ciudad a la que había decidido ligarse de por vida.

El primero de dichos fines inspiró, entre otras colaboraciones de prensa, las

siguientes: “El público necesita una orientación en materia de Arte”; “El confuso mundo de la pintura” y “Ciertas cosas del arte actual”. Para favorecer el segundo y el tercero, aprovechó la coyuntura de las reformas educativas que pretendía por entonces el ministerio del ramo y aportó interesantes sugerencias en artículos tales como “El Arte debe estar presente en la educación de todo joven”; “Un año artístico de gran valor para la Educación”; “Córdoba, el Arte y la Educación” o “Los museos de Córdoba”, aportación ésta que fue pionera en el aprovechamiento didáctico de los establecimientos de dicha naturaleza.

Cuando nadie pensaba en Córdoba como ciudad de congresos, Zueras apuntó la posibilidad de organizar en ella acontecimientos culturales de repercusión internacional para atraer un turismo culto y proclive a dejarse seducir por el esplendoroso pasado de la antigua corte de los califas. Tal fue el planteamiento de su artículo “Córdoba y el turismo de la inteligencia”.

Paco supo siempre que esta tierra pródiga y generosa como pocas, en su darse sin reservas, contribuyó a potenciar sus cualidades innatas y se sintió llamado, en justa reciprocidad, a poner a su servicio su inquietud creadora, su formación humanística, su fina sensibilidad, su atinado juicio crítico en materia de arte, su enorme capacidad de trabajo, su admirable condición de hombre franco y asequible, dispuesto siempre a colaborar en todos los eventos culturales de la ciudad.

Todos lo hallaron siempre dispuesto: quienes pretendían que diseñara un trofeo, realizara los decorados de una obra teatral o enriqueciera con sus dibujos alguna revista; los que buscaban al conferenciante acreditado para enaltecer un acto académico, al crítico de arte capaz de organizar una muestra o prologar un catálogo, o al articulista adecuado para prestigiar una publicación.

Paco Zueras se entregó por completo a Córdoba, la aprisionó en sus lienzos y la llevó por bandera a las salas de arte de no pocas ciudades de España y Francia. Una de sus telas, “Córdoba, crisol de formas”, mereció la segunda medalla de un certamen nacional. Durante varios años, representó a nuestra ciudad en los Cursos de Arte de la Universidad Internacional “Menéndez y Pelayo” de Santander, y en 1971 fue designado para presentar la pintura y la escultura cordobesas en el espacio “España en directo” de Televisión Española.

Zueras, pese a sentirse cordobés, jamás olvidó a su tierra aragonesa, a la que solía ir todos los veranos, y quiso que también allí se conociera Córdoba. Son numerosos sus artículos de temática cordobesa que vieron la luz en el diario zaragozano *Heraldo de Aragón* y en semanario de Huesca *El Cruzado Aragónés*.

La Academia no pudo permanecer insensible a la ingente labor desarrollada por Francisco Zueras en los diversos campos de su actividad y lo recibió como Miembro de Número de la Corporación el día 24 de enero de 1974. Su discurso de ingreso trató de “Los pintores escritores con Céspedes como arquetipo”. Años antes, el 22 de abril de 1967, en su presentación como Correspondiente, quiso enriquecer el patrimonio de la Academia con un espléndido y expresivo dibujo, titulado “Seguidilla”, que luce en los muros de la galería alta de esta casa.

Nadie se extrañó al oírle decir en su discurso de ingreso que amaba a Córdoba como el mejor de sus hijos. Bien lo había probado. También entonces se obligó a seguir trabajando por merecer lo que ya tenía más que merecido: su condición de Académico de Número. La mayoría de los aquí presentes fuimos testigos del

pundonor con que cumplió su promesa. No es necesario, por tanto, que glosemos ahora los trabajos ulteriores a su ingreso en la Academia y el especialísimo celo que puso en servir a esta Corporación. Aquí, desde hace algo más de un año, seguimos acusando día tras día el gran vacío que dejó con su muerte.

Hoy, en un supremo gesto de amor a Córdoba, nuestro llorado amigo le entrega a esta ciudad el polvo de su cuerpo para que nuevos cordobeses se nutran con su barro fecundo. Sus cuadros penden de los muros de las casas de Córdoba y en los anaqueles de muchas bibliotecas cordobesas están sus libros. Ahora, mientras estamos aquí reunidos, recordándolo, es probable que algún muchacho cordobés esté conociendo a Antonio del Castillo, a Mateo Inurria, a Bartolomé Bermejo o a Álvarez Cubero gracias a su legado.

Sin duda, aquel barbastrense con clara vocación de cordobés ha logrado al fin fundirse plenamente con esta ciudad vieja. Su polvo y su espíritu son ya parte de Córdoba. Ahora es, como ella, inmortal, porque, a fuerza de querer entregársele, ha vencido a la muerte y está vivo en las rosas de los patios de Córdoba.